



En imagen, algunos de los puntos de dolor que registra la Fibromialgia, y en los que se basan, en parte, los médicos, para realizar su diagnóstico.

Una enfermedad rodeada de incompreensión

A los continuos dolores y al cansancio extremo, se une también, explican los afectados, «la incompreensión». Una incompreensión, fruto del desconocimiento, que llega desde dos frentes bien distintos pero igual de dolorosos, el ámbito laboral y el familiar, y que en muchas ocasiones dificulta que los afectados puedan sobrellevar su enfermedad. «Mi familia me dice que ya no soy la misma; que he cambiado. Y, es verdad. A mí esta enfermedad me ha costado una depresión de la que aún me estoy recuperando», explicaba Lorenza de la Cruz. El motivo, profundizaba Nica Heras, «que es una enfermedad en la que, por tu aspecto saludable, los demás no notan que estás enferma y tienden a pensar que lo que realmente te pasa es que eres un 'poquitín' vaga».

Aunque diferentes, las historias de Antonia Moraleja, Lorenza de la Cruz, Isabel Iniesta, Nica Heras, M^a Jesús Salmerón y Rosa M^a Díaz, son, en esencia, muy similares. Todas están luchando, por un lado, contra el dolor físico, y, por otro, contra el moral que, a veces, nos dicen, «es el que más duele».

Rosa M^a, por ejemplo, recuerda con tristeza el «suplicio» que para ella suponía levantarse todas las mañanas para ir a trabajar tras una «noche horrible, sin pegar ojo», uno de los síntomas más repetidos de la Fibromialgia. Y, la cara de su jefe cuando, una baja laboral seguía a otra baja laboral y, así continuamente. «Hace dos años nos dice- tras seis de juicios, conseguí que, por fin, me dieran la incapacidad total», un «pequeño respiro» que le permite «quedarme en la cama, cuando no me puedo mover».

A Antonia Moraleja también le han reconocido la invalidez total, por la que percibe el 55% de su salario, pero, nos dice, «la he recurrido al Tribunal Supremo de Albacete porque me parece insuficiente. Creo que esta enfermedad, por lo que es y por lo que significa, merece la invalidez absoluta».

En el frente familiar, todas se muestran de acuerdo en que sienten apoyo pero, a la vez, incompreensión. Una incompreensión, afirmaba Pablo Torrijos, «que no es real aunque los enfermos la perciban como tal».

La mujer de Pablo, padece esta enfermedad, por eso él mejor que nadie para dejarnos ver 'ese otro lado', el de los familiares: «la atención al familiar enfermo debe mantenerse en unos límites adecuados, porque si no toda la familia va detrás. Mi hija debe de seguir haciendo las cosas de su edad -tiene 11 años-, y, los demás tenemos que seguir con nuestro trabajo. Como el afectado por la enfermedad cada vez se siente menos válido y, no llega a lo que desearía hacer, siente traición y abandono por parte de los demás».

loran mucho porque la enfermedad es, por sus características, difícil de sobrellevar tanto a nivel psicológico como físico. «Ten en cuenta -nos decía Antonia Moraleja- que se trata de una enfermedad crónica para la que no hay medicamentos específicos, sólo calmantes y para la que la fisioterapia supone un gran alivio si se nos practica de forma continuada». Una terapia a la que no pueden acceder a través del Sistema Público de Salud que no posee las herramientas necesarias para hacer frente a esta enfermedad «Sólo pueden limitarse a darte el alta y a decirte que la rehabilitación la hagas tú en

casa», puntualizaba.

Por supuesto, la Asociación, no olvidará el asesoramiento jurídico ya que uno de los problemas más graves con los que se enfrentan este tipo de enfermos es conseguir la 'invalidez profesional', ni tampoco, la parcela del Ocio, un ámbito que los afectados también acusan y, mucho, porque «no podemos seguir el ritmo ni de la familia ni de los amigos y, terminamos por quedarnos atrás». Esta situación, puntualizaba Torrijos, «hace que los enfermos se terminen apartando de los demás, creando a su alrededor un clima de incompreensión por ambos lados difícil de superar».